



Derechos de autor: © Raquel Huete Iglesias, 2018  
E-mail: [info@raquelhuete.com](mailto:info@raquelhuete.com)

Ilustración de portada: © Raquel Huete Iglesias, 2018

**Quedan rigurosamente prohibidas, bajo la sanción establecida en las leyes, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, y su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos sin la autorización escrita de los titulares del Copyright.**

# La carta de Noa

Versión sin ilustrar

#3 Cuentos LGTBIQ+

Raquel Huete Iglesias





Noa llevaba semanas sin poder conciliar bien el sueño. Concretamente, desde que acordara con sus padres revelar su gran secreto a todo el mundo. Pero esta noche, sin duda estaba siendo la peor de todas porque en apenas unas horas habría llegado el gran día. Sería el más importante de su vida y, con mucha probabilidad, también el más duro.

Estaba tan nerviosa... No podía dejar de hacerse muchísimas preguntas: ¿Qué diría su mejor amigo Pedro cuando supiera la verdad? ¿Y el grupo de Marta? ¿La perdonarían sus compañeros de clase por haberles engañado todos estos años? ¿La aceptarían cuando les contara quién era en realidad? ¿Conseguiría que algún día llegaran a tratarla como a una más?

Y mientras tanto, daba vueltas y más vueltas en la cama enredándose entre las sábanas; poniéndose boca arriba y boca abajo, del derecho y del revés, angustiándose por cómo iban a reaccionar sus amigos, preguntándose si todo iría bien. Sus padres le habían prometido mil veces que así sería, pero ¿cómo

podían estar tan seguros? Ellos nunca habían pasado por nada remotamente parecido.

Imaginó las caras horrorizadas de algunos de sus compañeros cuando les confiara su gran secreto y sintió que se le encogía el estómago, así que se giró hacia la pared para hacerse un ovillo y se abrazó las rodillas. Colocarse en esta posición siempre la hacía sentirse algo más protegida, a pesar de que fuera consciente de que aquella sensación era solo ilusoria.

De repente se le ocurrió una idea. ¿Y si escribía una carta explicando lo que le estaba ocurriendo y cómo se sentía? Quizás así sus amigos podrían entenderla un poco mejor. Sí, la leería en voz alta. Seguro que eso sería mucho más fácil que improvisar, tal como tenía pensado hacer...

Se levantó y se sentó en la silla de su escritorio. Sacó papel y lápiz y se puso a pensar. Escribió varias frases pero sintió que no transmitían exactamente lo que quería decir así que las borró y empezó de nuevo. Volvió a intentarlo pero le sucedió lo

mismo: ni siquiera sabía por dónde empezar. Desanimada, dejó caer la cabeza sobre la mesa y se la cubrió con los brazos.

Entonces ocurrió algo inesperado. Su escritorio empezó a golpetear suavemente sobre el suelo, cada vez con un poco más de intensidad, hasta que la cabeza de un niño que no conocía de nada surgió de su superficie como si se abriera camino entre las aguas de un océano.

Tenía la piel de color azulado, el pelo rubio y rizado igual que el de un querubín de postal navideña, unos ojos de color verde con pupilas rasgadas que recordaban a los de una serpiente, y una nariz enorme con aspecto de boniato churruscado. Noa dio un salto para atrás del susto. La cabeza le sonrió y exclamó:

-¿Se puede saber qué haces otra vez despierta a estas horas?

Noa miró disimuladamente por debajo del escritorio para buscar el cuerpo de aquel niño tan extraño, pero no había ni rastro de sus piernas. Buscó algún objeto largo con que comprobar desde relativa distancia que el tren inferior de

aquel chico realmente no estuviera colgando por el hueco del escritorio, pues temía que quizás fuera invisible o que ella no pudiera verlo por causa de algún tipo de efecto visual. Pero nada. Era como si aquella cabeza hubiera atravesado la mesa desde una dimensión desconocida.

-¿Quieres dejar de mirar abajo? -reclamó él-. Estoy aquí, ¿no me ves?

El agujero por donde el chico había sacado la cabeza se extendió para que cupieran también sus brazos. Entonces el singular chico apoyó las manos en la mesa y se impulsó hacia arriba para desenterrar el resto de su cuerpo. Tenía las piernas desproporcionadamente largas en relación con su tronco superior; tanto que se hacía extraño de ver. Se sentó al borde del escritorio, con sus interminables piernas cruzadas colgando, y volvió a preguntarle:

-¿Me vas a decir por qué llevas tantos días sin dormir como es debido? Es muy importante que descanses bien por la noche. Muy, pero que muy importante. Una niña tan grande

como tú debería saber ya esas cosas...

-¿Cómo has hecho eso? -preguntó tremendamente sorprendida mientras seguía alternando su mirada entre la superficie y el hueco del escritorio.

-¿El qué? -quiso saber el niño.

-Atravesar la mesa. ¿Cómo lo has hecho?

-Con magia, niña. ¿Cómo si no?

Noa no cabía en sí de su asombro pero en ese momento cayó en algo que también le parecía muy curioso.

-¿Por qué me llamas niña?

-Pues porque no conozco tu nombre, niña...

-No me refiero a eso. Digo que por qué me hablas como si fuera una niña en vez de un niño.

-¿Cómo? -preguntó él con el gesto extrañado-. ¿Acaso

preferirías que me refiriera a ti en masculino?

-No... -respondió contrariada-. Pero ¿cómo has sabido que soy una niña, si a primera vista todo el mundo se confunde?

A Noa le extrañaba mucho porque todavía llevaba el pelo tan corto como el de un chico. Tras haber revelado su secreto a sus padres hacía poco más de un mes, le habían dado permiso para dejárselo largo pero lógicamente necesitaría tiempo para que le creciera.

También podría empezar a llevar vestidos y faldas en vez de solo pantalones, si le apetecía. Y un pijama como los que a ella le gustaban, adornado con lentejuelas e incluso algo de purpurina. Pero el que llevaba ahora era simple e insulso, el típico que solían ponerse los chicos a quienes no les gustara el fútbol, ni los piratas, ni los cohetes.

-No entiendo tu pregunta -respondió el chico-. Si tú sabes quién eres, ¿cómo no lo van a saber los demás? Anda, vete a dormir de una vez, que es tarde...

Noa se lo quedó mirando sin comprender aquella respuesta, pero entonces se dio cuenta de que ni siquiera sabía qué quería de ella aquel ser tan singular.

-Pero... ¿quién eres tú? -preguntó la niña.

-Soy Rupert, el Protector de Vigilias de los niños.

-¿Y eso qué significa exactamente? ¿Qué haces en mi cuarto?

-Me encargo de que todos los niños duerman bien. Ya te dicho que es muy importante que descanses por la noche. Si no, mañana no tendrás la suficiente energía para hacer todo lo que tengas que hacer. Así que, por última vez: ¿quieres hacer el favor de irte a dormir ya? Tengo más niños a los que atender y no puedo marcharme hasta haber comprobado personalmente que te has ido a la cama. Como ya llevas tantos días así...

Noa puso gesto de sorpresa, pues nunca antes había oído hablar de un Protector de Vigilias que cuidara de los sueños de los niños. Luego se le acercó el semblante:

-Pues no pienso irme a dormir hasta que termine mi carta.

-¿Qué carta? -quiso saber el chico, curioso.

-La carta que quiero leer mañana a mis compañeros de clase para que entiendan por qué a partir de ahora quiero que me llamen Noa en vez de Carlos.

-¿Y por qué necesitas decírselo por carta?

-Porque se me ha ocurrido que, si planeo con antelación lo que voy a decir, a lo mejor encuentro las palabras adecuadas para que no se enfaden conmigo.

-Menudas cosas dices, niña. Nadie se va a enfadar contigo así que no necesitas ninguna carta. Simplemente respira hondo y di lo que sientas en el momento. Y ahora, venga. ¡A dormir, que es tarde!

-¿Cómo sabes que mis amigos no se van a enfadar?

-Pues porque no tienen ninguna razón para enfadarse, obviamente.

-Mis padres me dicen lo mismo, pero no tenéis ni idea de lo difícil que es esto. Nadie me entiende... Vosotros no habéis nacido en un cuerpo equivocado, no tenéis que soportar que la gente os mire raro solamente por ser quienes sois...

-Pero bueno, ¿a ti quién te ha dicho que has nacido en un cuerpo equivocado?

-¿No me ves? ¿Es que estás ciego? ¿No te has dado cuenta de que he nacido en un cuerpo de niño?

-Ya te he dicho que yo solo veo una niña. ¡Una niña que no se quiere ir a dormir y que me está agotando la paciencia!

-¡Y yo te he dicho que no me voy a dormir hasta que termine mi carta!

-Vale -convino el chico, resignado-. Pues termina tu queridísima carta, aunque no la necesites para nada.

Rupert cruzó los brazos como si estuviera medio enfadado y se quedó en silencio a la espera de que Noa se pusiera a escribir. Ella cogió el lápiz y volvió a enfrentarse al papel en

blanco pero, al igual que antes de que llegara el Protector de Vigilias, no sabía por dónde empezar. Rupert empezó a mover el pie de forma inquieta y a mirar su reloj de pulsera. Parecía que se le iba a agotar la paciencia de un momento a otro.

-No puedo inspirarme contigo aquí, mirándome... -se quejó Noa-. Me estás poniendo nerviosa.

Rupert se bajó de la mesa de un salto.

-No insistas. No sabes qué escribir porque ni tú misma entiendes lo que te pasa. En el poco rato que llevo aquí me ha dado tiempo de darme perfecta cuenta de eso...

-¿Qué quieres decir?

-Estás intentando escribir una especie de disculpa para que tus amigos te perdonen por haber nacido en un cuerpo equivocado, y tú no eres un error porque la naturaleza nunca comete errores. ¿O es que no sabes que siempre hay una razón para todo, niña? La inspiración para escribir esa carta solo acudirá a ti cuando entiendas eso porque, solamente entonces,

todo lo que hagas estará en consonancia con quien eres en realidad.

Noa frunció el ceño. No estaba para nada de acuerdo con Rupert pero estaba harta de justificarse así que simplemente se limitó a decir:

-Pues no me voy a dormir hasta que la inspiración se digne a acudir en mi ayuda, así que ya lo sabes...

Rupert dejó ir un resoplido y se dio media vuelta.

-¡Qué niña más testaruda!

Entonces dio un par de zancadas grandes hacia el centro del cuarto mientras se sacaba del bolsillo un enorme aro metálico del que pendían muchísimas piezas blancas y puntiagudas de diversos tamaños. Se puso a rebuscar entre ellas, estudiándolas una por una como si tratara de encontrar una pista sobre algo que Noa no entendía.

-Son colmillos de cocodrilo de la Isla del Recreo Perpetuo - aclaró en tono poco amigable mientras proseguía con su ardua

tarea-. Veamos, ¿qué tamaño es el adecuado para el suelo de este cuarto...? Yo diría que... ¿este, quizás? Sí, creo que no me equivoco...

Agarró el colmillo por su base y se arrodilló en el suelo para grabar algo en las oscuras baldosas. Un sonido agudo empezó a surgir del suelo a medida que Rupert lo perforaba con aquella herramienta mágica e iba dejando el rastro de un círculo perfectamente trazado. Cuando hubo terminado, el extraño niño grabó además una especie de manecilla en su interior. Luego tiró de ella y el círculo se abrió como si se tratara de una puerta.

-¡Ajá! -exclamó Rupert con profundo orgullo mientras devolvía el aro metálico a su sitio-. ¡Sabía que este era el colmillo perfecto! Pocas veces me equivoco...

Noa se había quedado boquiabierta, de modo que no dijo nada.

-Entra.

-¿A dónde? ¿Qué es esto? -preguntó Noa, más confusa todavía que antes.

-Es una Puerta de Sabiduría. Tenía pensado usarla esta noche con otro niño, pero me acabo de dar cuenta de que, ahora mismo, tú la necesitas más que nadie. Aquí encontrarás la respuesta que te hace falta para escribir tu queridísima carta.

Noa enmudeció de nuevo. ¿Qué se suponía que debía hacer?

-Entra, no tengo toda la noche -le ordenó con la misma cara de pocos amigos.

Noa se asomó por el agujero recién abierto en el suelo y puso cara de susto antes de recular.

-Pero es que... no se ve nada... ¿Qué hay ahí debajo?

-Lo que yace tras la Puerta de Sabiduría depende de lo que cada uno necesita averiguar. Lo único que te puedo adelantar es que la clave siempre reside en los secretos de la Naturaleza.

-No me he enterado de nada de lo que acabas de decir...

-Pues que la Naturaleza muestra a cada uno lo que necesita ver para entender lo que necesita entender. Y ahora entra de un salto, te espero aquí.

-Pero... ¿es que tengo que ir sola...?

-¡Claro! Nadie puede cruzar contigo una Puerta de Sabiduría, es exclusiva para los niños de la Tierra. Se abre cada noche para un solo niño en el mundo entero, o sea que se cerrará inmediatamente después de que hayas pasado al otro lado. Pero no te preocupes, en cuanto encuentres tu respuesta haré que vuelvas a tu cuarto. Eso sí, date prisa, niña. Si no, me abrirán un expediente por no haber hecho bien mi trabajo.

Noa se quedó paralizada. Quería encontrar el valor para cruzar la puerta pero lo cierto es que le daba mucho miedo. Aquel agujero estaba tan oscuro...

-Venga, venga, niña... ¿Quieres saltar de una vez? -insistió mientras la agarraba de la mano para arrastrarla hacia la

puerta-. Vamos, yo te ayudo. A la de una, a la de dos y a la de...

Noa cerró los ojos y notó un empujón en la espalda que la precipitaba al vacío.

-¡Y recuerda! ¡La Naturaleza nunca comete errores! -oyó que exclamaba Rupert a lo lejos.

Se le escapó un grito ahogado de la impresión, pero a los pocos segundos le invadió una sensación de ligereza extrema; algo parecido a estar flotando en una nube de algodón. Sintió un calor húmedo y agradable en todo su cuerpo y abrió los ojos, desorientada.

Todo a su alrededor era azul. Había muchos arrecifes de coral, plantas y peces de colores vivos, aunque eran de un tamaño realmente enorme. Estaba buceando en el fondo del mar, solo que en este mar todo era gigantesco.

Miró hacia arriba y, al ver que al menos 15 metros la separaban de la superficie, le entró el pánico. Estando tan abajo no podría subir a tiempo para tomar aire.